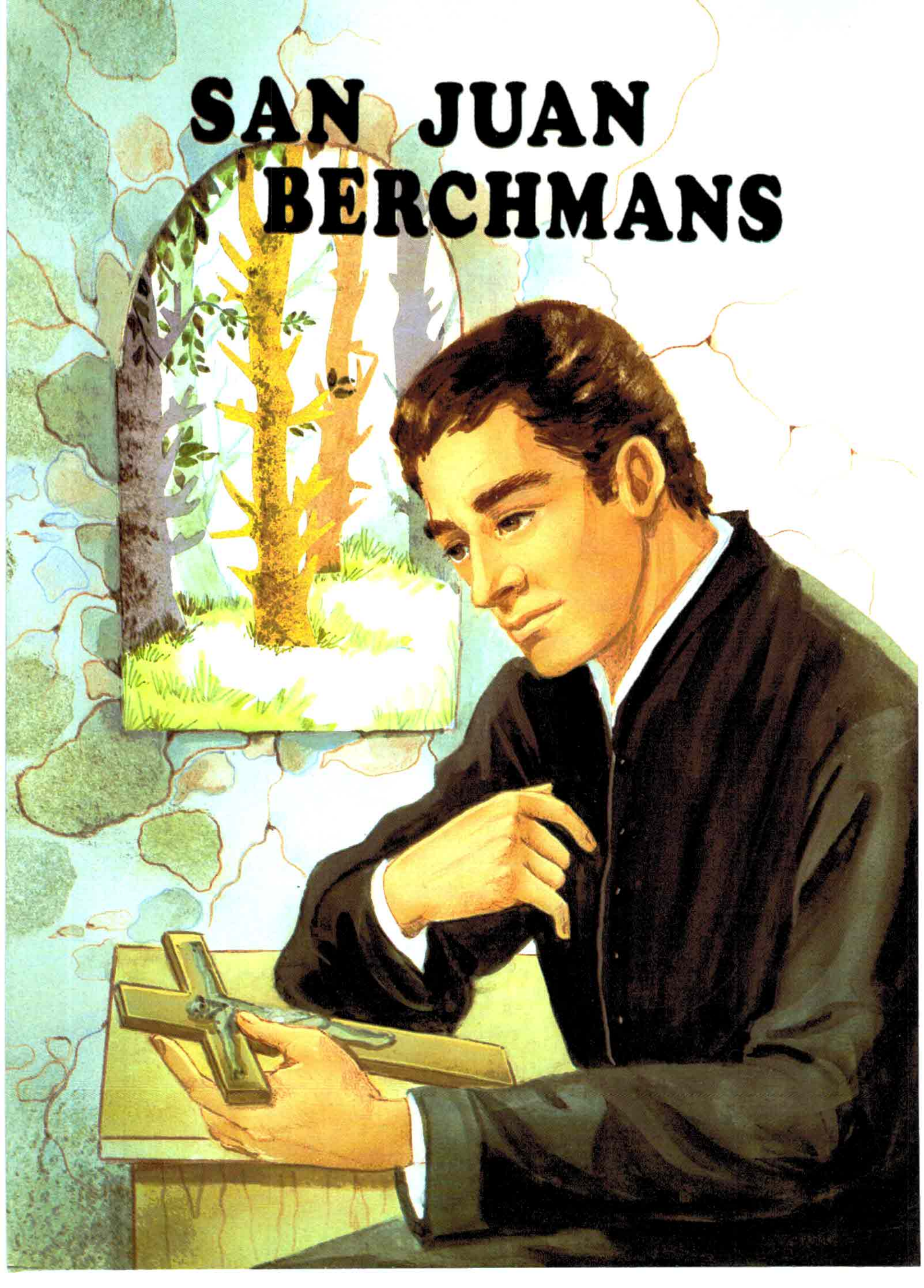
SAN JUAN BERCHMANS



SAN JUAN BERCHMANS

José Luis de Urrutia, S. J.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-SEVILLA

¿Sabes dónde está Bélgica? Hace 400 años Bélgica y Holanda eran Flandes, formaban parte de la Corona de España, allí estaban los tercios españoles y el rey era Felipe II.

En una pequeña ciudad llamada Diest vivía un curtidor de pieles y zapatero, Juan Carlos Berchmans, casado con Isabel Van Hove. Eran muy buenos católicos. Tuvieron cinco hijos, el mayor, Juan, nació el 13 de marzo de 1599.

Juan aunque murió joven, a los 22 años, llegó a ser santo. Hoy es S. Juan Berchmans. Con lo difícil que es ser santo, ¿cómo llegó él a serlo? Te lo voy a contar. Espero que te guste. *En algo podrás imitarle y también pedirle que te ayude,* por ejemplo en tus estudios, pues él fue muy buen estudiante. Verás lo que hizo.

Desde pequeño se solía arrodillar ante el cuadro de la Virgen, porque sabía que era su Madre del cielo, y le gustaba rezarle el Rosario. También le gustaba ayudar a Misa y leer vidas de santos u otros libros religiosos. A veces hasta jugaba menos tiempo con los amigos para poder dedicarse más a estas lecturas y oraciones.

Quiere ser sacerdote

A los 10 años quiso ya estudiar para sacerdote. Como sus padres no tenían dinero, a los 13 años se puso a servir a un canónigo, y así poder pagar el seminario. Al año siguiente se fue a Malinas, con otro canónigo, para servir la mesa, cuidar de otros niños, etc.

Alguno de los chicos que se hospedaban en casa del canónigo no era católico, pero años después se convirtió al catolicismo, y dijo que lo que más le había movido para convertirse fue el ver la santidad de Berchmans.

Cuando tenía 16 años, en 1615, los jesuitas abren un colegio en Malinas, y siente, no sabe por qué, gran deseo de entrar en él. Por fin, a pesar que muchos se oponen, consigue que le admitan en el nuevo colegio. Mientras, sigue trabajando en casa del canónigo y aprovecha todo el tiempo libre para estudiar; gracias a ello sacó muy buenas notas.

Entra en la Compañía de Jesús

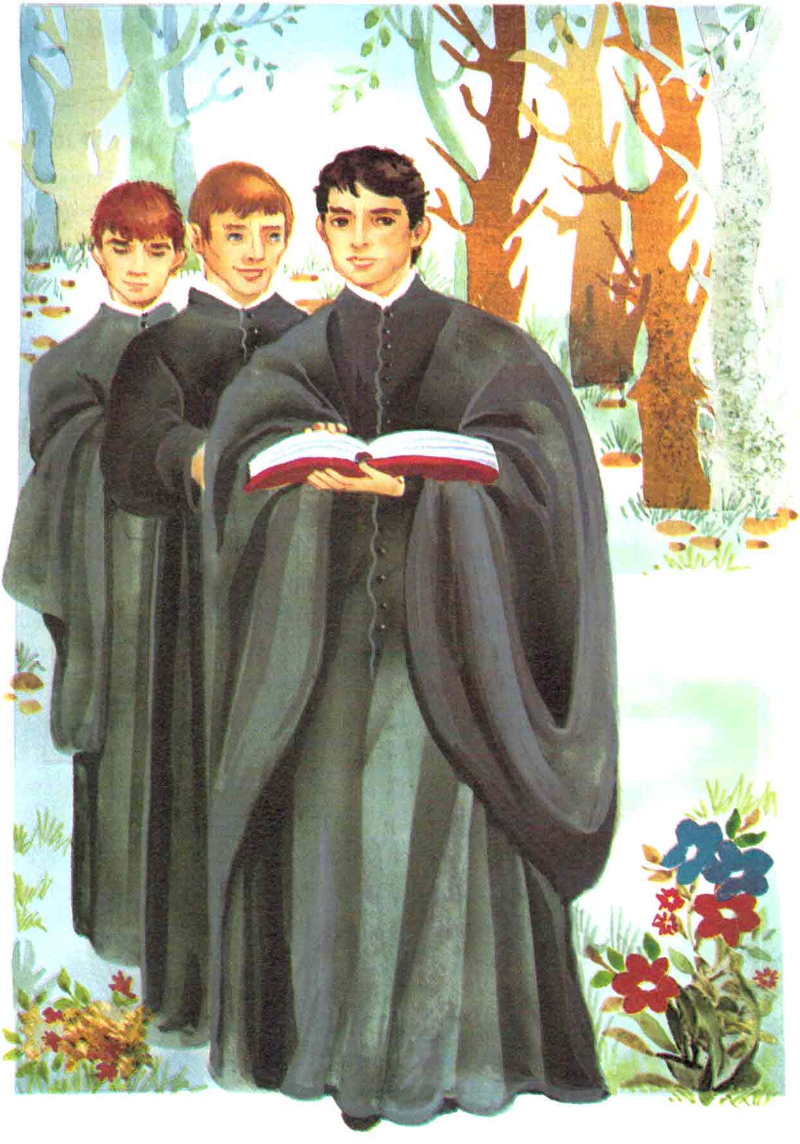
Aquel verano siente que Dios le llama para que se haga jesuita, pero al mismo tiempo siente también mucha repugnancia en ser religioso, pues él había pensado siempre en ser sacerdote viviendo con sus padres.

Entonces el canónigo le regala una cantidad de dinero: 25 florines, y él los da de limosna: una parte para decir Misas, otra para los pobres y otra al santuario de Ntra. Sra. de Monteagudo, pidiendo su ayuda.

Así termina decidiéndose y pide le admitan los jesuitas. *«Por mi parte,* les dice, *yo prometo hacer cuanto pueda para llegar a ser santo»*. El día de Ntra. Sra. de la Merced, en septiembre, entró en el noviciado, en la misma ciudad de Malinas.

Antes tuvo que pedir permiso a sus padres, y sus padres no querían dárselo, ya que sí deseaban que fuese sacerdote, pero viviendo con ellos; no en un convento.

Berchmans, siempre tan decidido en hacer lo que agrada a la Virgen, lo que agrada a Jesús, escribió entonces una emocionante carta a sus padres en la cual entre otras cosas les decía: «Si llegase a vuestra puerta un mendigo a pedir limosna, y cuando se la fueseis a dar, él os dijese: Esperad, volveré dentro de dos años. ¿No le tendríais por loco? Porque ¿quién sabe si dentro de dos años estaríais todavía dispuestos a socorrerle? Nosotros somos mendigos de Dios, y ahora El quiere hacerme una de sus mejores limosnas: que entre en la Compañía de Jesús, martillo de todas herejías y



ejemplo de virtud y perfección. ¿Voy a ser tan tonto que desperdicie esta oportunidad? Dentro de dos años pudiera sucederme que el Señor me dijera: No te conozco, lo que sería para mí una gran desgracia. Espero que vosotros seréis razonables y no querréis oponeros a Cristo».

Si Juan hubiese retrasado su ida al noviciado, quizás habría perdido la vocación —como les ha pasado a tantos— y hoy no sería santo, es decir, no tendría la gran gloria y alegría de la cual ya goza por toda la eternidad.

Sus padres fueron a verle a Malinas, y acabaron cediendo y bendiciéndole para que se hiciese religioso. ¡Con qué alegría hubiesen vuelto a Diest si hubiesen visto por un agujero el futuro: que su hijo iba a ser beatificado en 1865 por el Papa Pío IX y canonizado por León XIII en 1888! No sólo por la santidad a que llegó en vida, sino por los milagros que hizo después de muerto.

Juan Berchmans jesuita

Un libro: «Cartas de S. Jerónimo», le había suscitado el deseo de ser religioso. Ahora, ya en el noviciado, se propuso serlo de verdad. El noviciado de los jesuitas son dos años haciendo trabajos humildes. Prefería vestir las sotanas usadas. Era alegre en la conversación, pero procuraba no hablar de sí. No se fijaba en los defectos de sus compañeros, sino en sus virtudes. Contaba frecuentemente los ejemplos de las vidas de los santos y de la devoción a la Virgen. No tenía mal genio y era muy obediente. Todos le tenían por un ángel.

A los dos meses de estar en el noviciado murió su madre. Entonces su padre quiso que saliese del noviciado y fuese a vivir con él. Juan no se dejó convencer, en cambio sí convenció a su padre que hiciese los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio, yendo unos días a una Casa de Ejercicios a oír conferencias, hacer meditaciones, confesar, comulgar, etc. Cambió tanto a su padre, que

se decidió a continuar los estudios para sacerdote que había interrumpido en su juventud. Los hizo de manera que al año siguiente ya se pudo ordenar de sacerdote. Se ordenó el 14 de agosto, el 25 de septiembre su hijo hizo los votos, y el padre se murió el 12 de octubre.

Juan, por su magnífico comportamiento y brillante talento fue destinado por sus superiores a proseguir sus estudios en Roma. Pero antes de emprender el viaje tuvo que encargarse de sus cuatro hermanos pequeños, que quedaban huérfanos, y los encomendó al cuidado de unos tíos.

Estancia en Roma

Entonces no había trenes ni automóviles. Los viajes generalmente se hacían a pie; sobre todo los que no eran ricos. El hermano Berchmans con otro hermano fueron andando a Roma, donde llegaron precisamente el día de nochevieja de aquel año, 1618. Juan tenía 19 años.

Estuvieron dos días en el Gesù (Jesús, en italiano), que era la residencia del P. General. (Ahora el P. General reside junto al Vaticano; en cambio viven allí los estudiantes jesuitas, junto a la iglesia más famosa de la Compañía de Jesús, donde se conservan los restos de S. Ignacio, y también al lado están las habitaciones en que vivió).

Después fue al Colegio Romano. (Luego se convirtió en la Universidad Gregoriana, hoy en otro edificio moderno, pues el antiguo lo expropió el gobierno y en él hay un instituto. Sólo pertenece a los jesuitas la magnífica iglesia anexa de S. Ignacio). Es curioso que al hermano Berchmans le dieron la misma habitación que ocupó S. Luis Gonzaga, otro estudiante jesuita que había muerto 17 años antes, y hoy es también patrono de los universitarios.

Allí vivió 31 meses, hasta su muerte. Terminó los tres cursos de filosofía el verano de 1621, con 22 años, y siendo el primero de su curso. Poseía una inteligencia privilegiada, según sus profesores; era menos austero que Gonzaga, pero más amable.

Muerte inesperada

Berchmans de pequeño era enfermizo; luego mejoró, sin embargo no era de muy buena salud. Se sentía mal, y no le dieron importancia. Débil y todo se prestaba a acompañar por Roma a los huéspedes. El verano allí es muy caluroso. El 7 de agosto no pudo más y tuvo que meterse en la cama en la enfermería. Sin duda hoy, con las medicinas modernas, se hubiese curado pronto, pero cuando a los dos días le vio el médico, encontró una inflamación pulmonar grave, y se dio cuenta que se moría.

—«Hermano, le dijo el enfermero, convendría que mañana recibiese la Comunión». A Berchmans le extrañó; pues el día siguiente era martes, y entonces no tenían la suerte que nosotros, pues sólo se comulgaba los domingos y días de fiesta. Entonces preguntó.

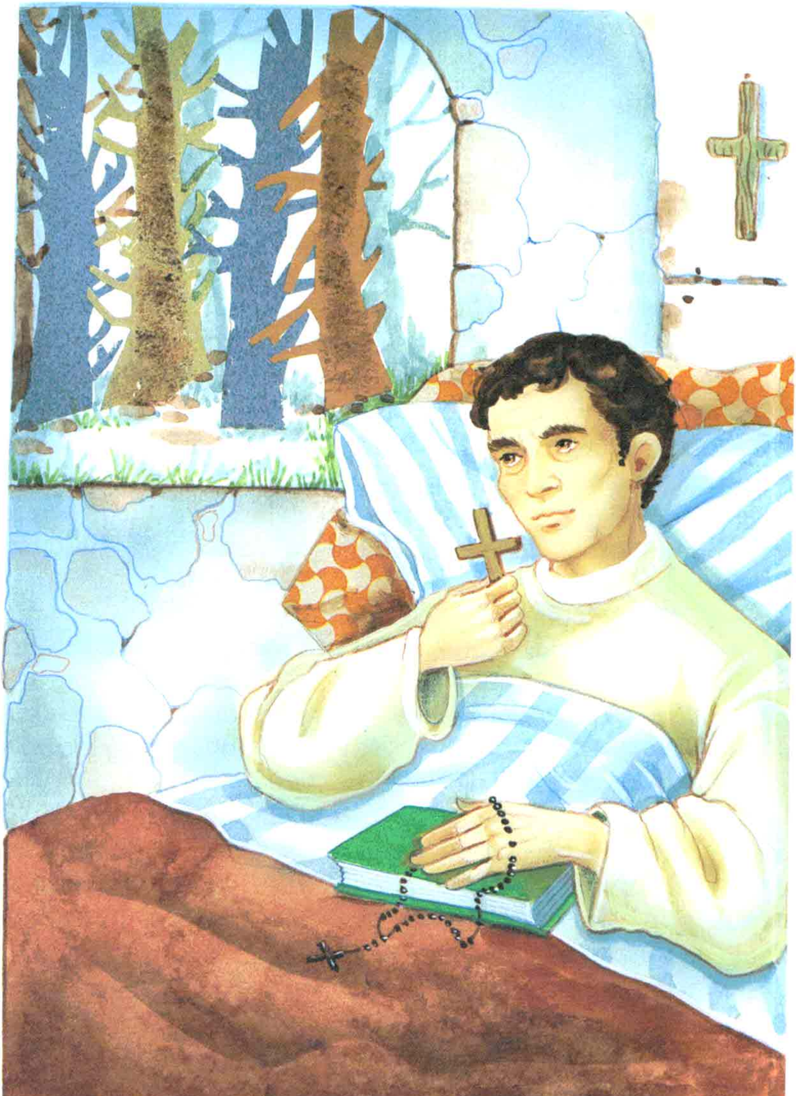
—«¿Quiere decir el Viático?»

—«Sí», respondió el enfermero con los ojos llenos de lágrimas.

—«No hay que llorar. Más bien alégrese conmigo, pues *me ha dado una noticia muy buena*. Me voy a preparar, que queda poco tiempo. Déme el crucifijo».

A la mañana siguiente toda la comunidad acompañó al Viático. Al entrar en su habitación, Berchmans, sostenido por dos hermanos se incorporó y de rodillas hizo profesión de fe católica, de amor a la Iglesia, pidió a todos perdón por sus faltas, y luego recibió el Viático con mucha devoción.

Por la tarde le dieron la Unción de los enfermos, la cual sirve para prepararle a uno a bien morir, perdonarle el purgatorio, y también para darle la salud si le conviene. El hermano Berchmans fue contestando a todas las oraciones del sacerdote.



El ataque del demonio

Cuando estaba pacíficamente preparándose a morir, de pronto permitió Dios al demonio le atacase duramente. Fue la última purificación, que a veces suelen tener los santos.

El pobre moribundo se retorcía con una terrible angustia. Con fatiga decía: «¡Atrás, Satanás, no te temo! Aquí están mis armas». Y apretaba entre sus manos el crucifijo, el rosario, el libro de las reglas, que tanto amaba y con las cuales quería morir, pero la tentación volvía.

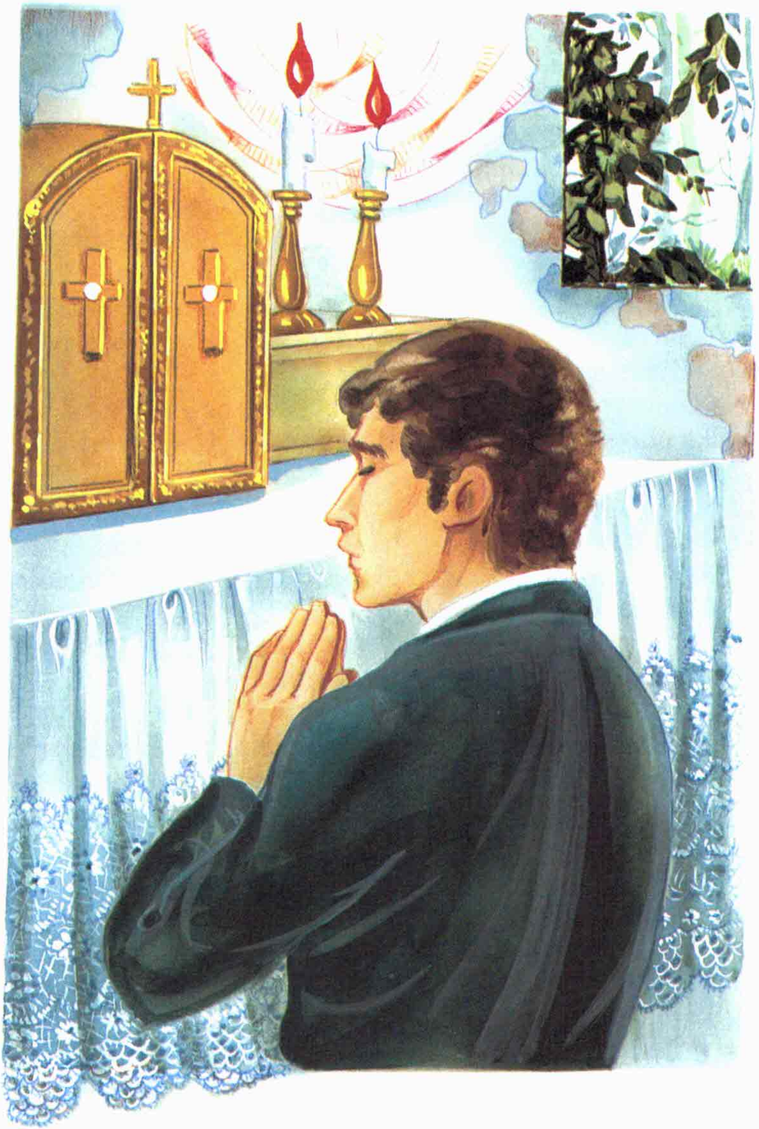
Finalmente se fue serenando, y quedó en perfecta paz y alegría. El médico admirado dijo a los jesuitas presentes: «¡Qué dichosos son Vds. que pueden mirar a la muerte con tanta alegría!

El 13 de agosto, viernes, a las ocho y media de la mañana, el toque de las campanas, triste para los mortales, anunciaba la noticia alegre para el hermano Berchmans y los ángeles del cielo, que entre ellos era recibido triunfalmente.

¿Qué fuerza le impulsó para ser santo?

Se cuenta que en cierta ocasión preguntó una hermana suya a Sto. Tomás de Aquino: «¿Qué tengo que hacer para ser santa?». Y Sto. Tomás, el mejor teólogo de la historia, le contestó: «Querer».

También lo da a entender el Señor, cuando a un joven rico que le preguntó qué tenía que hacer para ser santo, le contesto: «Si *quieres* ser santo, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme». Es decir: La santidad, según las palabras de Jesús, consiste en seguirle a El, pero antes hay que desprenderse de la riqueza, de las cosas de la tierra, y para todo ello lo primero es *querer*.



Ya lo decían los antiguos: «Querer es poder». Claro que para ser santo, como es muy difícil, además de quererlo hace falta pedirlo, pedir a Dios, por medio de la Virgen, que nos ayude.

Todos los santos quisieron serlo, pero quizás en S. Juan Berchmans se ve más claro que ante todo *quiso* ser santo.

Lo dijo cuando pidió ser admitido jesuita. Y en sus apuntes espirituales escribió: *«Si no me hago santo de joven no lo seré nunca»*. Tenía razón... porque no llegó a viejo, ni mucho menos.

Y su *querer* no fue sólo una veleidad, un quisiera, un dejarlo para mañana. Fue un querer con todas sus consecuencias; querer total, no una de cal y otra de arena.

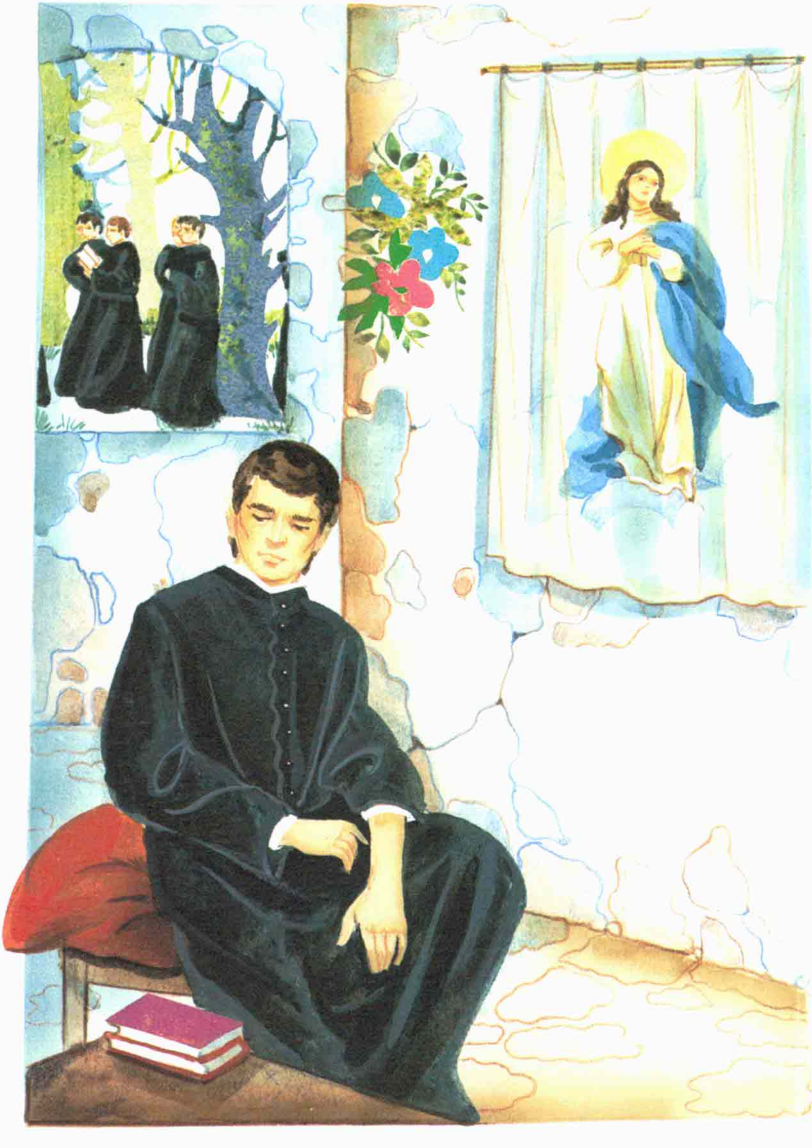
Además de querer, ¿qué hizo para ser santo?

Cuando queremos de verdad una cosa, ponemos los medios necesarios para conseguirla, aunque sean difíciles y nos cuesten mucho.

Los medios que puso Berchmans para ser santo fueron: en primer lugar *dejar su familia*, sus aspiraciones mundanas (de ser rico, famoso...).

Después *la obediencia*, porque es cumplir la voluntad de Cristo. Y él estaba tan entusiasmado con Cristo, nuestro mejor amigo, que nos ha redimido, etc., que por eso se propuso seguirle cumpliendo exactamente todas las reglas de los jesuitas (de guardar el silencio, de coger para sí lo peor de las cosas, de guardar la modestia, y tantas otras). Decía «Antes reventaré que dejar de cumplir una regla».

Su amor a Cristo lo mostraba sobre todo en *la comunión*, a la que se preparaba con mucho cuidado; en oír Misa con devoción, sin distraerse; en *visitar al Santísimo* en la capilla, que lo hacía cinco veces al día; meditaba también la vida de Cristo...



Como el camino y puerta para llegar a Jesús, a su Corazón, es la Stma. Virgen, Madre suya y nuestra, Berchmans la quería mucho. Le gustaba meditar el Ave María y las virtudes de la Virgen.

Las virtudes de la Virgen

La primera virtud es la fe. La fe es el fundamento de toda la religión, porque, por ejemplo, si uno no cree que Dios existe, que Jesucristo es Dios y predicó el Evangelio, o que la Virgen es la Reina de cielos y tierra, etc. ¿cómo vas a rezar a Dios, a Jesucristo, a la Virgen?

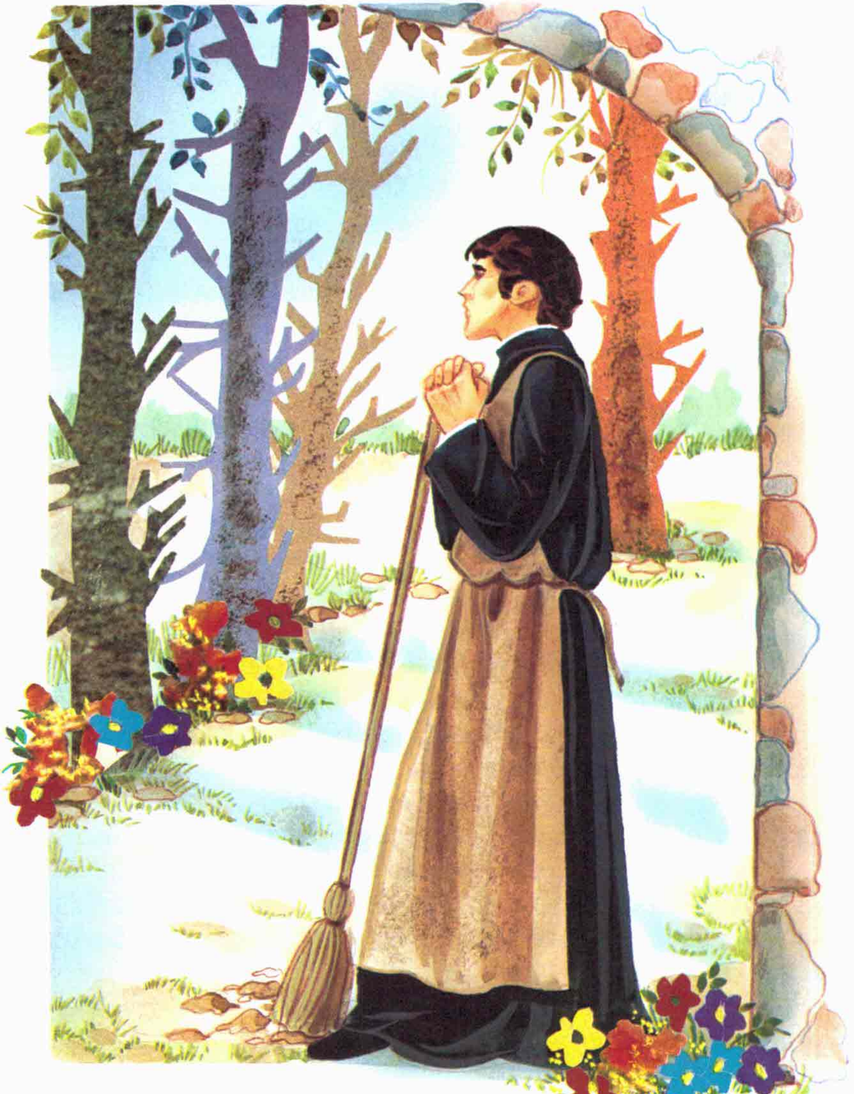
Berchmans meditaba, según lo anota en sus apuntes espirituales, *la fe* que tuvo la Virgen creyendo al Arcángel San Gabriel cuando le dijo que iba a ser Madre de Dios, la fe que tuvo en su Hijo incluso en la Pasión, etc., y le pedía le diera a él también la virtud de la fe.

Consideraba además en la Virgen su virtud de *la esperanza*, esperando el cielo y confiando siempre en la divina Providencia. Y la virtud de *la caridad con Dios*: sin cansarse nunca de amar a Dios y entregándose totalmente a su Hijo.

Pedía tener *humildad* como la Virgen, que a pesar de ser saludada por el Arcángel S. Gabriel, y hecha Madre del Mesías, ella se reconoce «esclava del Señor», y va a servir tres meses a su prima Sta. Isabel, y después obedeció siempre a S. José. Y todo lo que ella era reconocía era un regalo recibido de Dios, por lo que le daba gracias en el Magníficat («Glorifica mi alma al Señor...»).

Berchmans escribía: «Pide a la Stma. Virgen la virtud de *la castidad*. Ella fue la primera en hacer voto de castidad. Pídele que por tu manera de actuar hagas nacer en los otros el amor a la virtud de los ángeles».

«Pide la virtud de *la pobreza*, que se mostró en la Stma. Virgen sobre todo cuando para dar a luz al Hijo de Dios no tuvo más que un establo. Alégrate cuando puedas experimentar algunos efectos de la pobreza».



Su caridad con el prójimo

Meditaba Berchmans también en la caridad de la Virgen: Cómo ayudaba a los otros, por ejemplo a Sta. Isabel, y a los recién casados en las bodas de Caná; y se esforzaba por salvar a todos los hombres. «Imita este deseo por servir a los demás y por su salvación eterna.»

Para practicar bien la caridad Berchmans hizo una serie de propósitos. A ver que te parecen:

1.º Soportar con paciencia los defectos de mis hermanos.

2.º No juzgar a nadie ni mezclarme en sus asuntos.

3.º Pensar que todos son buenos.

4.º Alegrarme y felicitar a los demás cuando algo les sale bien.

5.º Ser educado y amable y hacer bien a todos.

6.º Excusar siempre a mis compañeros.

7.º Decir palabras agradables.

8.º Poner mucha atención en lo que tengo que hacer yo, y en mis defectos, y no en lo que hacen mal los otros.

9.º Ceder a los demás lo mejor.

10.º Olvidar el mal que te hayan hecho.

11.º Pon atención en lo que te agrade de los demás, e imítalo. Lo que te desagrade en los demás no lo hagas nunca: contradecir a menudo, reír demasiado, ser quisquilloso... Claro, si uno cumple todo lo anterior se hace santo.

El ángel de la guarda

Es maravilloso que tengamos día y noche, junto a nosotros, la poderosa escolta de nuestro ángel de la guarda, a quien en cada momento, en cada dificultad o tentación podemos acudir. Berchmans era muy amigo de su ángel de la guarda. Todos los días después de besar con gran alegría la sotana y ponérsela, se arrodillaba y lo primero daba gracias a su ángel por haber cuidado de él y le pedía le siguiera guardando el nuevo día:

«Te suplico de rodillas —le rezaba— que no me abandones por ingrato y rebelde que sea; al contrario, vuélveme al buen camino cuando me aparte de él, instruye mi ignorancia, levántame si me caigo, líbrame cuando estoy en peligro».

El esfuerzo por la santidad

Para beatificar y luego canonizar a un cristiano, antes el Papa tiene que declararle venerable, es decir, declarar que tuvo todas las virtudes en grado heroico (que las practicó siempre, sin fallos importantes, a pesar de cualquier dificultad, por lo menos los diez últimos años anteriores a su muerte). No es fácil.

Lo más notable en S. Juan Berchmans es su esfuerzo por ser santo, todos los días, todas las horas.

En primer lugar pidiendo ayuda a Jesús, a la Virgen, a su ángel y a los santos, oyendo Misa, comulgando, rezando el Rosario, ...como dijimos.

Después, *en cada momento*, lo que debía hacer: estudiar o trabajar o rezar o ser agradable y servicial... *se esforzaba por hacerlo bien.* Y eso sí es heroico: hacer lo ordinario extraordinariamente.

Nosotros no tenemos fuerza para eso tan difícil. Berchmans si las tuvo fue por que las pedía a Dios por medio de la Virgen. Cuanto más pidamos nosotros también tendremos más fuerza para ir hacia la santidad, cada cual en el estado y circunstancias que Dios le llame.

Los santos generalmente tampoco han sido santos de golpe, han ido haciéndose cada vez más santos.

Que S. Juan Berchmans con su ejemplo e intercesión nos ayude.

NOTAS ESPIRITUALES

San Juan Berchmans escribió un cuadernillo de pensamientos, propósitos y notas espirituales que acaba de publicar la Editorial Apostolado Mariano, de donde tomamos estas resoluciones:

1. Tendré buen cuidado en alimentar mi amor al Santísimo Sacramento; lo visitaré al menos cinco veces al día, y cada jueves haré con esta intención alguna penitencia en el refectorio o en otra parte.

2. Cada sábado introduciré en mi conversación alguna cosa que se refiera a la Santísima Virgen y cada domingo haré otro tanto para el Santísimo Sacramento.

3. Todos los sábados en honor de la Santísima Virgen iré a lavar los vasos a la cocina (o practicaré algún acto de humildad).

4. No quiero preocuparme jamás de lo que me sucederá sino confiarme y abandonarme por completo a Dios.

5. Viviré día a día y hora a hora, sin preocuparme de las contingencias futuras, confiando el cuidado de todo lo que me concierne a la Providencia divina y a mis superiores.

7. No depender de nadie ni contar con ningún apoyo, ni de mi confesor, etc., sino solamente de Dios y de mis superiores.

8. Me conservaré lo más unido posible a las cosas espirituales, sobre todo a la oración mental, al examen particular y a las lecturas piadosas.

9. Trataré de estar siempre entre los primeros para irme a confesar.

10. Me convenceré bien de que hay que dar mucha más importancia a las cosas espirituales y a las virtudes que a la ciencia y a los otros dones naturales y humanos.

11. Haré profesión abierta de ser un hombre espiritual y devoto.

12. No me avergonzaré de poner en práctica todo lo que se enseña en el noviciado (o al comienzo de mi vida espiritual).

13. No avergonzarme de hacer frecuentemente penitencias en el refectorio (o de vencerme a los ojos de los otros).

14. No avergonzarme cuando haya roto alguna cosa o haya cometido alguna equivocación, de pedir una penitencia a mi superior de rodillas, incluso cuando ya sea sacerdote.

15. Siempre, durante todo el tiempo de mi vida, cuando haya cometido alguna infracción a las reglas que merezca una penitencia, la pediré con toda humildad.

16. Antes morir que violar una sola regla.

17. Por la mañana estaré muy presto para levantarme.

18. Lo que pueda hacer en este momento no lo dejaré para otro.

19. Pondré por escrito las órdenes y la voluntad de mis superiores y me esforzaré por observarlas con la máxima exactitud.

20. Pondré gran atención a lo que tengo que hacer y no a lo que hacen los otros.

Con licencia eclesiástica
Depósito Legal: B- 21533-1993
Printed in Spain

BIG, S.A. INDUSTRIA GRAFICA - SANT ADRIA (BARNA)